

CAPITULO LXXXIX.

Últimas vicisitudes del reino de Polonia.—Reincorporacion del reino de Nápoles.

POLONIA ardía en disensiones por la eleccion de rey: bajo pretexto de proteger la libertad de las votaciones, invadió un ejército ruso: la Dieta de Varsovia declaraba traidores á la patria á los que habían llamado á ella tropas extranjeras: el embajador de Francia presentaba, en nombre de su rey, una declaracion prometiendo al país mantener el pleno goce de su libertad en la eleccion; y que si la nacion convenía en elegir á Estanislao, se comprometía el rey cristianísimo á defenderla contra todas las potencias; los del partido frances apresuraron la eleccion, y el 12 de setiembre fué proclamado rey de Polonia, gran duque de Lithuania, Estanislao Leszcinski; pero los del partido contrario, en número de tres mil caballeros, protestaron de esta eleccion el 5 de octubre, y protegidos por los rusos, eligieron y proclamaron rey á Augusto III.

Esta desunion fué la ruina de aquel reino. Entraron tropas rusas y sajonas á sostener á Augusto. Retiróse Estanislao á Dantzik, cuya plaza puso en buen estado de defensa, y se levantaron regimientos que talaban é incendiaban el país.

Así acabó para la infeliz Polonia el año 1733.

Comenzó entónces la guerra europea.

Francia envió un ejército al Rhin á las órdenes del duque de Berwick.

Otro ejército frances de cuarenta mil hombres, al mando del mariscal de Villars, marchó á los Alpes á unirse al del rey de Cerdeña, que constaba de diez y ocho á veinte mil hombres; el rey Carlos Manuel se puso á su cabeza, y España dió para esto un subsidio de cien mil doblones.

El ejército franco-sardo hizo en el corto espacio de dos meses una de las más brillantes y afortunadas campañas. España, por su parte, apresuró su expedicion con arreglo al tratado firmado en el Escorial el 25 de octubre de 1733.

Nombróse capitán general al conde de Montemar.

A mediados de noviembre salió de Barcelona con rumbo á Liorna el conde de Clavijo con diez y seis navios de línea y varias fragatas. El de Montemar se embarcó en Antibes con veinticinco escuadrones de caballería.

La reunion debía verificarse en Siena, ciudad de Toscana.

El rey nombró generalísimo de la expedicion al infante D. Carlos, y nombró regente del Estado, durante la ausencia del infante, á la duquesa viuda Dorothea.

En vista de los acontecimientos no dejó de inquietarse el rey de Inglaterra, quien se hallaba sumamente embarazado entre las peticiones del Emperador, que le pedía su cooperacion en virtud de los tratados, y las del rey de Francia, que le instaba por la neutralidad.

Holanda había tomado ya este partido: tuvo, pues, por prudente Inglaterra el disimular y limitarse á estar prevenida contra lo que ocurrir pudiese, en lo cual no dejó de hacer un gran servicio al Emperador, porque recelosa Francia de sus armamentos no se atrevió á enviar socorros á Polonia, no incluyendo esto poco en que se rindiera Dantzik y triunfara la causa de Augusto III.

La Dieta de Ratisbona hizo que el cuerpo germánico tomara como suya la causa del imperio, y un ejército de cincuenta mil hombres al mando del veterano general Mercy, se encaminó á Mantua.

El Pontífice, por el contrario, como había reconocido á Estanislao como rey de Polonia, consintió que las tropas españolas transitaran por los Estados de la Iglesia.

Con este consentimiento, y cuando la guerra ardía ya entre franceses, saboyanos y alemanes, partió de Toscana el infante-duque D. Carlos, el 21 de febrero de 1735, á la conquista de Nápoles.

Roma proporcionaba á nuestras tropas toda clase de comodidades y auxilios, sabido lo cual en la corte de Viena, escribió el Emperador una carta de quejas á Clemente XII, en la cual le decía, entre otras cosas, que establecido un rey español en Nápoles, pronto se verían reducidos él y sus sucesores, á ser como sus primeros capellanes, y les causarían los mismos sinsabores que los reyes de Anjou y los de Aragon.

Esperábase en Roma á D. Carlos, mas habiendo ocurrido dificultades para el ceremonial con que se le había de recibir, detúvose, aguardando otro refuerzo de tropas, en Monte-Rotondo, donde publicó la siguiente proclama dirigida á los napolitanos:

«D. Carlos por la gracia de Dios infante de España, duque de Parma, Plasencia, Castro, etc., gran príncipe hereditario de Toscana, y generalísimo del ejército de S. M. Católica en Italia.—El rey, mi augusto padre, en carta de 27 de febrero próximo pasado, me anuncia lo siguiente: «Mi muy amado hijo: Vuestros intereses inseparables de la dignidad de mi corona me han determinado á enviar tropas á Lombardia para seguir, de concierto con los ejércitos de mis aliados, la empresa á que están destinados. Con la ocasion de la presente guerra han penetrado mis oídos los clamores de los pueblos de Nápoles y de Sicilia violentados, oprimidos y tiranizados por el gobierno alemán, y me han traído á la memoria las demostraciones de alegría y las unánimes aclamaciones con que en otro tiempo me recibieron en Nápoles, y admitieron mis armas en Sicilia. Excitado, por tanto, de una compasion tan

natural, he preferido á cualquier otra empresa la de librar de males tan insoportables á estos pueblos oprimidos, con tanta más razon, cuanto considero que, seducidos de engañosas insinuaciones ó de quiméricas esperanzas, ó del temor de amenazas violentas, se han visto forzados á disimular su natural inclinacion, sujetándose á una obediencia contraria á su fidelidad. Persuadido de esto, he mirado siempre como actos forzados é involuntarios lo que han hecho, y todo lo he olvidado; en cuya atencion he resuelto enviaros en calidad de generalísimo de mis ejércitos para recobrar estos reinos; sin embargo del riesgo que puede correr vuestra preciosa salud en tan largo viaje, á fin de que vos mismo podáis confirmar en mi nombre la amnistia y perdon general que mi paternal corazón ofrece á todos, de cualquier estado y condicion que sean, y dar á todos al mismo tiempo las más solemnes pruebas de seguridad, confirmaréis y ampliaréis sus privilegios, y los aligeraréis ademas de toda especie de imposiciones, y en particular de aquellos inventados por la insaciable codicia del gobierno alemán. Todo esto á fin de que el mundo quede convencido de que mi justo y único designio es el de restablecer el antiguo esplendor de estos dos famosos reinos, y para que el contenido de esta sea notorio á todos, os mando que lo hagáis público y manifiesto del modo que tengáis por más conveniente; y Dios conserve vuestra vida, mi amado hijo, dilatados años.—Yo EL REY.—D. José Patiño.»

«En virtud del poder que S. M. ha tenido á bien conferirme, y á fin de que los dichos súbditos de Nápoles y de Sicilia, tan amados de mi padre, y á quienes siempre ha tenido S. M. tan presentes, sepan cuál es su intencion y propósito, declaro y aseguro á cada uno en su real nombre, que les concedo un perdon general y particular de cualquier especie de delito, motivo ó demostracion, etc., sin restriccion alguna, quedando todo sepultado para siempre en el olvido, y confirmo todos sus privilegios, leyes y costumbres, tanto civiles como criminales y eclesiásticas, sin que sea lícito establecer ningun nuevo tribunal: declaro tambien por justo y laudable la práctica de conferir los beneficios y las pensiones á los naturales, y así se conservará como hasta el presente. Se levantarán todos los impuestos establecidos por el tiránico gobierno de los alemanes, advirtiéndole que todas estas gracias se conceden por un efecto del benigno y piadoso corazón de S. M.; y para que sea notorio todo cuanto se promete, he mandado que el presente real decreto se selle con mi real sello, etc.—Dado en Monte-Rotondo el día 14 de marzo de 1734.—CARLOS.—José Joaquin de Monteleone.»

Dado este paso político, al día siguiente cruzaron los españoles el Tiber por las inmediaciones de Roma, y en tanto que la escuadra del conde de Clavijo se apoderaba de las islas de Ischia y Prócida, D. Carlos con su ejército penetraba en el reino de Nápoles por San German.

Escasa resistencia era la que podía oponer el general austriaco Traun con cuatro mil quinientos hombres, á un ejército de cuarenta mil, que á esta cifra ascendía ya, con los refuerzos que habían ido llegando, el de los españoles. Cuanto más, que no pudiendo el vi- rey Visconti reprimir ni contener el alborozo del pueblo napolitano al divisar la escuadra española, recogiendo cuanto pudo del palacio y de las arcas públicas, tuvo por prudente retirarse con los principales ministros á la provincia de Bari.

No habiendo llegado al general austriaco los veinte mil hombres de socorro que esperaba de Alemania, abandonó sus posiciones, retirándose entre Gaeta y Capua, con lo que el infante español avanzó sin obstáculo hasta Aversa, el 12 de abril de 1734, donde llegaron diputados de Nápoles á ofrecerle las llaves de aquella ciudad y á rendirle homenaje en nombre de todos los ciudadanos.

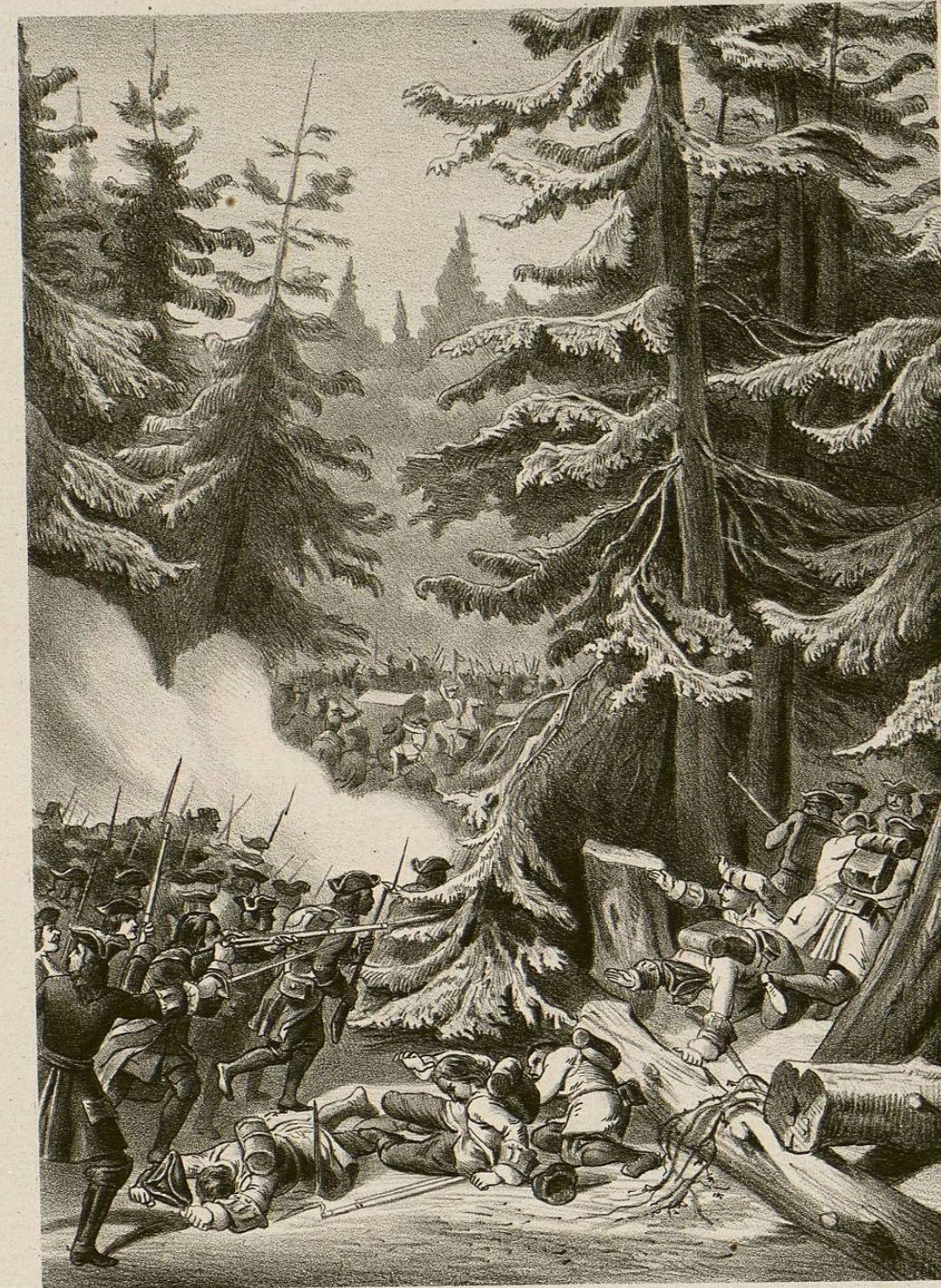
En su virtud, entró el conde de Montemar en Nápoles el 13 de abril con una buena parte del ejército, é inmediatamente hizo sitiar los castillos que aún guarnecían los austriacos.

El conde de Charny los fué rindiendo uno tras otro con diferencia de días, y sojuzgados todos, y nombrado virey de Nápoles, hizo el infante D. Carlos de España su entrada en aquella capital el 10 de mayo, en medio del regocijo y las aclamaciones del pueblo; formó su ministerio, y tomó las riendas del gobierno en nombre de Felipe V, rey de Nápoles.

A los pocos días, y cuando todavía el pueblo napolitano, de suyo dado á novedades, y siempre más afecto á los españoles que á los austriacos, cuya dominacion no dejó nunca de serles odiosa, celebraba con regocijo la entrada del príncipe español, llegó el acta de cesion de Felipe V, con fecha 22 de abril, por la cual transmitía al infante D. Carlos, su segundo hijo, todos los derechos que España pudiera tener al reino de las Dos Sicilias.

Este paso eminentemente político del Rey, aunque inspirado por la solicitud maternal de D. Isabel de Farnesio, acabó de conquistar todas las voluntades de los napolitanos.

Nápoles hasta entónces estaba condenado á ser una provincia, ménos que esto, una colonia destinada á saciar la sed de riquezas con que llegaban los gobernadores que se tenía á bien el destinarle.



BATALLA DE BITONTO.

CAPITULO XC.

Conquista de las Dos Sicilias.—Guerra internacional.—Retirada del ejército español como consecuencia de los preliminares de Viena.

El virey alemán Visconti había, por fin, logrado reunir siete mil alemanes en Bari, y esperaba que se le unieran otros seis mil croatas, y en su consecuencia fortificóse en Bitonto.

Resuelto á acometerlos se encaminó el conde de Montemar con quince batallones; sin aprovecharse de su situación, los enemigos se dejaron atacar, é hicieronlo aquel día con tan admirable ardor los españoles, que nada pudo resistir á su ímpetu: era el 25 de mayo; la victoria fué tan completa que no hubo enemigo que pudiera escapar de la prisión ó la muerte, incluso los dos generales, Pignatelli y Radotzki, que quedaron prisioneros, apoderándose también los vencedores de todas sus banderas, caballos, vituallas y municiones.

El virey Visconti tuvo la fortuna de poder salvarse, retirándose á Pescara, donde no se contempló bastante seguro, y se refugió en Ancona el 1.º de junio.

Este memorable triunfo valió al conde de Montemar la grandeza de España con el título de duque, y lo que era más de apreciar para él, la gloria y reputación de gran capitán que ganó con victoria tan completa y decisiva.

Y tan definitiva fué, que todas las demas plazas del reino, guardadas por alemanes, temiendo la suerte que podían correr, se fueron sucesivamente rindiendo.

La de Gaeta fué asediada y tomada por el mismo Carlos en persona, que quiso correr los riesgos de la empresa.

El general austriaco Traun, testigo de las conquistas y de los progresos de los españoles, se había refugiado en Capua; pero habiéndose rendido esta ciudad por capitulación el 22 de octubre de 1734, y quedado él mismo prisionero, fué transportado con toda su gente á Manfredonia, donde se embarcó para Trieste. La rendición de Capua puso el sello á la conquista de Nápoles, y aseguró á D. Carlos la posesión de aquel reino.

Así que se creyó asegurada la recuperación de Nápoles, pensóse en la de Sicilia, la cual ofrecía todas las probabilidades de que no había de ser ni costosa ni larga, porque los mismos naturales, nunca resignados con la dominación austriaca, habían enviado diputados á D. Carlos, instándole á que aprovechase la ocasión de recobrar la isla y libertarla del yugo alemán.

Habiase recibido de España millón y medio de pesos: con esto, y con no ser necesarias tantas tropas en Nápoles, partió de este puerto la expedición el 21 de agosto, compuesta de cinco navíos de guerra, cinco galeras, dos balandras y trescientas tartanas, con diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, á las órdenes de duque de Montemar.

El 25 desembarcaron en Solanto, donde se presentó al general el Senado de Palermo, y le prestó homenaje de fidelidad y adhesión, y le acompañó en su entrada en la capital de la isla el 1.º de setiembre.

Tan favorable se mostró el espíritu de los sicilianos á los españoles, que no se necesitó más tiempo para apoderarse del reino que el que fué necesario para recorrerlo.

A fines de noviembre sólo quedaban á los imperiales la ciudad de Mesina y las plazas de Trápani y Siracusa, situadas á los extremos de la isla.

Calculó el de Montemar que, sin necesidad de sitio, y con sólo tenerlas bloqueadas, no tardarían en rendirse, y así sucedió: de modo, que en muy corto espacio de tiempo no quedó en toda la Sicilia ni un solo alemán. Y no considerándose necesaria la presencia de Montemar en ella, en virtud de órdenes que recibió de España se restituyó á Nápoles, donde habían de acordarse las medidas y disposiciones para que pasase con veinticinco mil hombres á Lombardia á unirse con el ejército sardo-francés y ayudarle á sostener allí la campaña.

En tanto que con esta facilidad recobran los españoles sus antiguos dominios de las Dos Sicilias, ardía una guerra viva y sangrienta en Lombardia, en el Rhin y en Polonia, sostenida por ejércitos poderosos, polacos y rusos, imperiales, franceses y sardos, mandados estos últimos por su rey en persona, los otros por los más experimentados generales de cada Estado; guerra cuyos pormenores son ajenos á nuestra misión.

Fueron en ella famosos los dos sitios de Philipsburg y de Dantzick, y las dos sangrientas batallas de Parma y de Guastalla.

En éstas perecieron gran número de bravos generales y de ilustres guerreros de una y otra nación; entre ellos el esclarecido duque de Berwick, el vencedor de Villaviciosa, que afirmó la corona de Castilla en las sienes de Felipe V; pero las pérdidas en aquellas batallas fueron iguales, y no decidieron nada, como que se celebraron á un tiempo en Viena, en Turin, en París y en Madrid, cual si hubiesen sido triunfos para cada nación.

El sitio y toma de Philipsburg por los franceses asombró á toda Europa y paralizó las operaciones, llegándose á mirar los enemigos con tal respeto, que no se atrevían á llegar á las manos, tales pruebas de audacia y de inteligencia se estaban dando.

El de Dantzick dió por resultado el perder segunda vez la corona de Polonia el rey Estanislao, y hacerla pasar á las sienes del elector de Sajonia, reduciéndose con este motivo á su obediencia

la mayor parte de los grandes de Polonia, y reconociéndole por rey legítimo con el nombre de Augusto III.

Las potencias marítimas veían ya con disgusto los progresos y desastres de esta guerra, temían sus consecuencias, recelaban del demasiado engrandecimiento de la casa de Borbon, deseaban mantener el equilibrio europeo, y satisfacer por una parte al Emperador que se quejaba de que permitieran arrebatarse los Estados de Italia que en otro tiempo le habían ayudado á adquirir, y por otra parte reparar el honor de Francia ofendida en la persona del rey Estanislao.

Por eso Jorge II de Inglaterra había indicado ya á las potencias beligerantes la necesidad de la paz, de que se ofrecía á ser mediador, lo cual motivó secretas y frecuentes conferencias en Madrid, París y Turin. Pero España proseguía su marcha, y Felipe V ordenó á su hijo Carlos que pasara inmediatamente á Sicilia á hacerse reconocer y jurar de sus nuevos vasallos, como así lo verificó en enero del año 1735.

Rendidas que fueron las tres únicas plazas que faltaban, pasó á Palermo, donde se coronó con toda pompa y magnificencia el 3 de julio de 1735.

El duque de Montemar, que había ido con sus veinticinco mil españoles á invernar en Toscana, unióse en la primavera del año que acabamos de indicar con los aliados para acabar de arrojar de Italia á los imperiales.

El ejército de los aliados en esta campaña no bajaría de ciento treinta mil hombres; mucho menor era el de los imperiales, y aunque lo mandaba un general tan entendido, activo y diestro como Königseg, no le fué posible resistir á fuerzas tan numerosas, ni mantenerse en Lombardia, y tuvo que pasar el Adige, y retirarse á los confines del Tirol, quedando así desembarazados los aliados para poner sitio á Mantua y la Mirandola.

El bloqueo de Mantua, en junio de 1734, costaba á España inmensos dispendios, y Montemar se quejaba de la lentitud de los aliados en apretar el sitio.

Suscitáronse discordias entre los generales de las tres naciones, y veíase claramente que no entraba en las miras del rey de Cerdeña que aquella gran plaza, que se consideraba como la llave de Italia, perteneciera al monarca español, ya demasiado poderoso.

Francia, á su vez, ofrecía á cada momento obstáculos, porque su plan era ya obligar á España á entrar en los tratos de paz; y así, aunque se hablaba mucho del ataque de Mantua, no llegaba nunca el caso de realizarle.

Las dos potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, sin dejar de instar á los príncipes beligerantes á que aceptaran su mediación para la paz, se prepararon con grandes armamentos á hacer respetar su proposición, y aun tomaron una actitud y un lenguaje amenazador, para el caso de no admitirla; tal, como de atacar unidos los establecimientos españoles y franceses de las dos Indias, lo cual no dejó de imponer y amedrentar al circunspecto y prudente cardenal Fleury. Y como este anciano ministro prefiriera dejar una memoria honrosa de su ministerio con alguna nueva adquisición para Francia, á exponer la nación á nuevos riesgos por mar con dos potencias poderosas, pensó en las ventajas que podría sacar de la paz, á cuyo efecto entabló negociaciones secretas y privadas con la corte de Viena, haciendo su agente íntimo, La Baume, lo que en otro tiempo había hecho el baron de Riperdá. El resultado de estos tratos, en que no tuvo participación otra potencia alguna, fué el ajuste de unos preliminares en 3 de octubre de 1735, en que se acordaron los puntos siguientes: 1.º El rey Estanislao renunciaría al trono de Polonia, conservando el título de rey; poseería durante su vida el ducado de Lorena, el cual á su muerte se incorporaría definitivamente á la corona de Francia. 2.º Para indemnizar á los futuros duques de Lorena, se les daría como compensación la Toscana, después de la muerte del gran duque Juan Gaston, y para seguridad de esta sucesión, evacuarían las plazas de Toscana los españoles, y entrarían á guarnecerlas seis mil imperiales. 3.º El Emperador renunciaría los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español D. Carlos, reconociendo éste á su vez sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia. 4.º Los ducados de Parma y Plasencia se cederían al Emperador para reunirlos con el de Milan, con la obligación de no pretender jamás del Papa la desmembración de Castro y Roucillon. 5.º Se dejarían al rey de Cerdeña los dos distritos del Tesino y los feudos de la Longha y el de Novarés y Tortonés.

Cuando el duque de Noailles, general de las tropas francesas en Lombardia, anunció al de Montemar el convenio hecho entre su soberano y el César, y que no podía auxiliarse contra los alemanes, por más que el general español se mostró sereno y firme, negándose á admitir la tregua que le proponía mientras no recibiese órdenes terminantes del Rey, su amo, harto reconoció que la escena había cambiado enteramente, y que no era posible sostenerse solo en aquel país contra todas las fuerzas del imperio.

Resolvióse, pues, á reparar el Pó, y se retiró á Bolonia, donde todavía le alcanzó un destacamento de húsares alemanes, y se vió forzado á acelerar su marcha á Toscana.



D. JOSÉ PATIÑO.